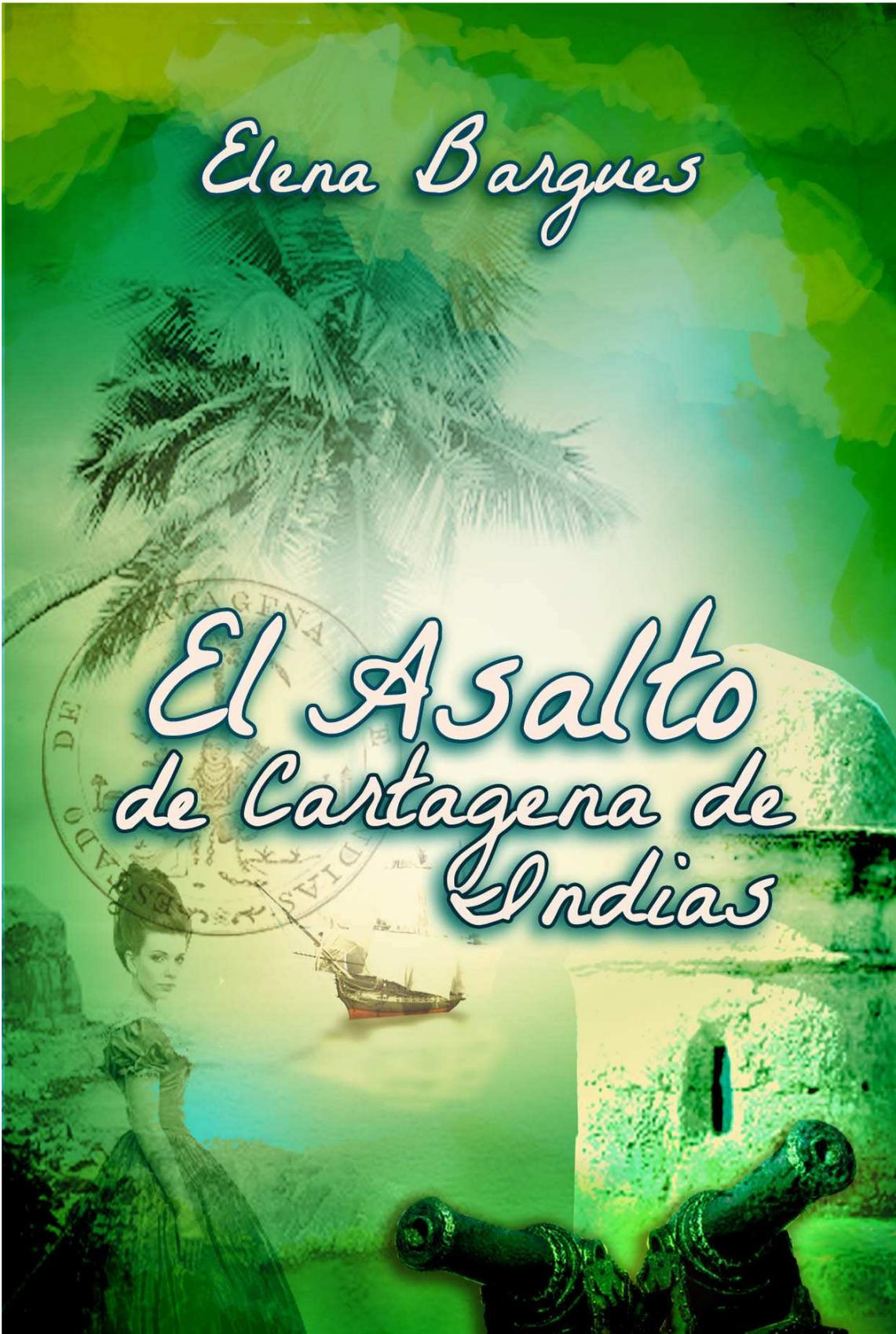


Elena BARGUES

*El Asalto
de Cartagena de
Indias*



Llevaba un rato despierto, pero el frío día que lo esperaba no lo animaba lo suficiente para levantarse. Fue la cálida mano de la marquesa la que con firme urgencia lo empujó fuera de la cama.

—Antoine, idos ya, perezoso. Louis debe estar a punto de llegar y no quiero que os encuentre aquí —le recriminó dulcemente con un mohín.

—Es lo que más me gusta de vos, vuestro pragmatismo después de la pasión. — Antoine comenzó a vestirse sin prisa—. Ni un adiós ni una lágrima para el pobre amante que parte a la guerra —dramatizó mientras echaba una última mirada al lánguido y blanco cuerpo tendido sobre las sábanas.

—No seáis ridículo. Os echaré de menos.

El tiempo que tardéis en sustituirme por otro, pensó Antoine.

El cuerpo de la marquesa se estiró provocativo y ésta le lanzó un beso con la palma de la mano. Antoine simuló que se tropezaba cuando iba a cogerlo en el aire, persiguió el beso por la habitación hasta que lo alcanzó y se lo guardó en el corazón, al tiempo su cara expresaba de forma exagerada el más puro éxtasis.

—Antoine, si os cansáis de la Armada tenéis asegurado un puesto entre los cómicos —rió la marquesa encantada por la representación.

—No creo que saliera beneficiado con el cambio, mi querida señora. Los cómicos pasan más estrecheces que yo —contestó con la mente en otro lugar.

Una parte de él le exigía salir de aquella habitación con urgencia. Estaba cansado de haraganear en tierra y de retozar de cama en cama, buscando no sabía el qué. Se acercó al lecho y depositó un beso en el cálido y tembloroso vientre de la mujer.

—Como no quiero ponerlos en un brete con vuestro marido, con gran tristeza de mi corazón tengo que partir —se despidió galantemente.

Hizo una profunda reverencia, se dio media vuelta y salió. Bajó las escaleras silenciosamente, aunque estaba seguro de que los criados conocían lo que allí ocurría y, al salir por una puerta de servicio, se encontró en medio de un callejón. Se ciñó la capa al cuerpo a causa del relente y se caló el sombrero para esconder el rostro. Cubrió la distancia del callejón a la vía principal con largos pasos para combatir el frío invernal y se internó en las calles parisinas. De camino a su *hôtel* se cruzó con otros individuos que, al igual que él, se apresuraban embozados a sus residencias. París no era una ciudad que destacara por su moralidad. Cuando alcanzó la *rue du Richelieu*, aminoró el paso. Se sentía más tranquilo. El cambio de color del cielo le anunció la proximidad del alba. Llegó a la altura de la *rue Saint Augustin* y se introdujo en ella. A pocos pasos se detuvo frente a la cancela de hierro de su pequeño y acogedor palacete.

Antoine evitaba los naipes. Había visto muchas vidas truncadas por el juego como para que le resultara atractivo. Sin embargo, su vida en el mar se lo ponía difícil. En esos casos procuraba ser prudente y se retiraba a tiempo. Unos años atrás se había visto involucrado en una partida entre los oficiales de dos barcos. Él esperaba perder rápidamente y retirarse del juego, pero en aquella ocasión su racha de suerte fue increíble y no pudo abandonar la mesa sin ofrecer la revancha. Al final se encontró mano a mano con un remilgado oficial de la otra dotación que no había dejado de beber en toda la noche, y el asunto terminó en un envite muy fuerte: las ganancias de Antoine contra un *hôtel* de su propiedad en París. Antoine lo rechazó de la forma más

caballerosa, pero el oficial estaba fuera de sí. Sus amigos intentaron calmarlo y convencerlo pero no se avino a razones así que, en medio de un silencio sepulcral, se desarrolló una tensa partida que no olvidaría nunca. Entre los mirones se cruzaron apuestas, los compañeros de uno y otro contrincante tomaron posiciones detrás de los jugadores para evitar trampas durante la partida, y Antoine sintió correr la adrenalina por su cuerpo como si estuviera a punto de abordar otra nave. El momento lo atrapó y lo fascinó arrastrándolo. Comprendió la fiebre que consumía a su antagonista y que aquel peligro era tan real y expuesto como estar sobre la cubierta de un navío en pleno temporal, pero el triunfo fue amargo. A la mañana siguiente, Antoine, mientras esperaba al desafortunado para realizar el traspaso de la propiedad, explicó a Philippe de Latour, su compañero de armas y amigo, el torbellino de emociones que lo invadió durante el juego, y se juró no tocar un naipe en el resto de su vida. Philippe lo escuchó atentamente y lo apoyó, aunque no pudo evitar recordar la noche anterior y recordarle que, gracias a un mal paso, ahora se había convertido en propietario.

Empujó la cancela y cruzó el patio hasta la puerta que él mismo abrió. Cuando pasaba la noche fuera se llevaba una llave para no molestar a su escaso servicio. Baptiste, que tenía media cara destrozada por una bala de cañón cuando servía a las órdenes de Antoine en el Mediterráneo, era el mayordomo; la señora Lussac, viuda de un zapatero, era la cocinera y su hijo Luc, el mozo de cuadras.

Subió al primer piso y entró en su habitación. Aunque no se había encendido la chimenea en todo el día, la encontró caldeada en contraste con el frío húmedo del exterior. Corrió los cortinajes para que la incipiente luz le permitiera ver sin necesidad de encender una vela. Arrojó la capa y el sombrero a un diván, dejó la casaca sobre la cama y pasó a otro aposento más pequeño con una bañera en el centro; a un lado un gran ropero cubría toda la pared, y al otro, dos muebles, uno con una palangana y un

jarro de agua y otro con cabezas de alambre para dejar las pelucas, completaban el mobiliario necesario para su aseo. Aquel cuarto era un lujo concebido únicamente en Francia, donde surgieron los primeros armarios que sustituyeron a los arcones y las primeras mesas con espejos para acicalarse. Se quitó la peluca y la dejó caer de cualquier manera sobre una de las cabezas, a continuación se desabrochó la camisa y vertió agua sobre la palangana. Un ruido atrajo su atención hacia la puerta.

—¿No es muy pronto para levantarse? —preguntó al joven que se apoyaba en la jamba vestido con un camisón y unas zapatillas.

—Estaba despierto y te oí llegar. No me acostumbraré nunca al frío que hace en tus dependencias. —Se acercó al ropero y se abrigó con una chaqueta de Antoine. Cuando estaba en la ciudad, Gastón disfrutaba de la casa como suya propia y dormía en una habitación bien caldeada al otro lado del pasillo.

—No dirías eso si estuvieras todo el día sobre la cubierta de un barco sin la posibilidad de acercarte a un fuego en meses. ¿Qué vamos a hacer hoy? Tú eliges. — Era el último día que iban a pasar juntos en bastante tiempo.

—No tengo preferencias. ¿Esgrima?

—Esgrima entonces. En el gimnasio no dejan entrar a mujeres —aprobó Antoine.

—Pues por las noches no parece que les hagas muchos ascos, ¿qué tal con la marquesita? —se interesó Gastón con un brillo juguetón en los ojos.

—Como todas, muy locuaz, pero sin nada interesante que decir, y muy versada en la cama —comentó sin interés mientras se pasaba la navaja.

—Algo tendría. Sería guapa al menos.

Antoine se volvió y miró a su hermano pequeño. Tenía ya dieciocho años y, aunque todavía no llenaba la chaqueta de gala que había cogido de su ropero, su cuerpo prometía un hombre vigoroso. Para él, la belleza todavía era importante.

—Sí, era mona, Gastón, pero eso ya no es suficiente.

—¿Era? No piensas volver a verla. Es increíble que una persona que está todo el día en el mar hable con aburrimiento de las mujeres. Antes te divertías.

—Ya no. Sinceramente, te pareceré un monstruo pero, una vez satisfecho, me cansan. Son todas iguales. No, no es cierto. Las de los puertos son sucias y piojosas, prefiero las aristócratas parisinas, son más refinadas y se perfuman para disimular el olor.

—Vamos, Antoine, no lo dirás en serio. ¿Nunca te has enamorado?

Terminó el afeitado, se limpió los restos de jabón y volvió a mirar a su hermano.

—Sí, una vez. Tendría tu edad, más o menos, y tu ingenuidad. Pero enseguida se encargaron de abrirme los ojos y de destrozarme el corazón. ¿Vas a vestirte o vas a practicar esgrima en camisión? Serías el comentario de todo París.

—Voy a vestirme, pero no me considero un ingenuo por creer en el amor. El amor existe, Antoine, el problema es encontrarlo. En eso estoy de acuerdo contigo.

Se dio media vuelta y se alejó renqueando hacia su habitación, arropado en la chaqueta de Antoine. Éste se quedó pensando en si alguna mujer le habría dado ocasión de saborear sus mieles a pesar de su cojera.

La madre de Antoine había fallecido de unas fiebres, y el duque de Anizy consideró que ocho meses de luto eran suficientes y contrajo matrimonio con la hija única de un pequeño aristócrata, cuya belleza y juventud paliaban la insuficiente dote y nobleza de la familia. Pero, tras un embarazo complicado y un difícil parto, murió al mes de dar a luz a Gastón. El duque se desentendió de la crianza de un niño que tenía

una pierna más corta que la otra, y se volcó en Christopher, el heredero del título, sobre el que ejerció una férrea disciplina que más adelante se revelaría contraproducente. Antoine, que a sus ocho años ya mostraba una fuerte personalidad, descubrió en su hermano pequeño una inteligencia despierta y una voluntad de vivir parejas a la suya, y decidió ser su guía y protector frente al hostil mundo que rodeaba a los segundones de las grandes casas.

Una vez aseado y con ropa limpia, bajó al comedor para desayunar. Gastón estaba con un plato en la mano a punto de servirse.

—Has sido más rápido que yo —comentó Antoine con una sonrisa.

—Te esmeras mucho acicalándote y eso que no quieres ver mujeres.

—No tengo tanta práctica como tú. En un barco es difícil ir a la última moda y llevar los encajes perfectos —concluyó Antoine tras un breve escrutinio al atuendo de su hermano. Era muy apuesto, había heredado la belleza de su madre, el pelo rubio y los grandes ojos grises, y, a pesar de su padre, el cuerpo robusto de los Laver. En pocos años alcanzaría la complexión del propio Antoine quien, por el contrario, era moreno, de nariz recta y fina, y de ojos verdes rodeados de unas largas pestañas negras—. Por cierto, hemos hablado de mi fracaso con las mujeres. ¿Y tú? ¿Alguna en particular? —preguntó mientras tomaba un plato y decidía lo que iba a ser su desayuno.

—No. Me ocurre lo mismo que a ti. Todas me parecen sosas y superficiales —contestó con un tono de amargura.

—¿No serás virgen?

—Por Dios, Antoine, tú no. Soy cojo, pero el resto de mi cuerpo funciona bien —contestó ligeramente irritado.

—No quería decir eso. Pensaba si tendrías algún problema por esa razón con las mujeres —se apresuró a explicar Antoine.

Los ojos de Gastón brillaron con malicia al contestar.

—Creo que por esa razón estoy por delante de ti. No veas el gancho que tiene; o son unas morbosas o sacan sus sentimientos maternales a relucir. De cualquier forma obtengo mis beneficios.

—Vaya, vaya, padre se equivocó contigo. Te declaró inútil para la vida militar y montas y manejas la espada tan bien como yo; pensó que eras tonto para destacar en la Iglesia y administras la herencia de tu madre como el mejor terrateniente, y ahora aflora el carácter lujurioso de los Laver. —Sonrió orgulloso a Gastón.

—Esos logros te los debo a ti, no a mi padre. Tú me enseñaste a superarme y a no dejarme abatir por sus mordaces críticas. Me empujaste a realizar cualquier ejercicio físico a pesar de mi tara. Me proporcionaste lo más importante: autoestima. Pero a padre no lo menciones. —Su mirada grisácea, por lo general cálida y confiada, se tornó acerada y turbia.

Sus cambios de humor también eran rápidos y apasionados, como los de Antoine, y, aunque no se parecían físicamente, eran gemelos en cuanto a gustos, ideas o carácter. Le dolía dejarlo de nuevo solo.

—Lo siento. Dejemos los malos recuerdos atrás. ¿Qué vas a hacer cuando me vaya?

—Me quedaré unos días más en París y luego regresaré a Blérancourt.

—¿No has vuelto a Anizy? —se interesó Antoine.

—No. Además está entero en obras. Christopher ha decidido renovar el *château* y darle un aire más versallesco.

Antoine frunció el ceño y se puso de pie.

—Así que sigue pegado al rey para que éste olvide la participación de la familia en La Fronda. ¡Pobre Christopher!

Yo no me compadecería de él —comentó Gastón a la vez que se limpiaba la boca y se levantaba también—. Te aseguro que es feliz en ese ambiente y está muy acorde con su carácter. —Gastón y Christopher no congeniaban. Antoine tampoco, pero era su hermano y se preocupaba en conseguirle buenos destinos en la marina siempre que podía.

—¿Sabes cuándo se casará?

—No. Ahora dice que cuando acabe la reforma del *château*, pero creo que va para largo porque no tiene recursos. Ha dejado las tierras en manos de un administrador y él se pasa los días en Versalles, dilapidando la renta. Me gustaría que el duque viera su obra —terminó con una sonrisa sarcástica.

A Antoine le pareció una venganza mezquina al considerar que todos iban en el mismo barco, aunque Christopher fuera el beneficiario. La familia era la familia y, si el nombre fuera arrastrado por el fango, salpicaría a todos por igual. De todas formas coincidía con Gastón en su crítica al incumplimiento de los deberes de su hermano mayor. Antoine odiaba el mar con la misma pasión que amaba la tierra. Le parecía una injusticia que las propiedades de la familia quedaran en manos tan inexpertas y desinteresadas como las de Christopher.

—¿Y qué dice la novia? Nunca me ha parecido que la paciencia sea una de las virtudes de Jacqueline, pero era una niña cuando la vi por última vez.

—¡Ja, ja ,ja! —rió Gastón—. ¡Eso es lo mejor! Tenías que ver con qué arte y desenvoltura esquivas las intenciones de su amada. Estoy seguro de que las obras son un pretexto para aplazar la boda y no sale de Versalles para no encontrarse con ella. Vamos ya hacia el gimnasio —apremió. Unió la palabra a la acción y abrió camino.

Pasaron la mañana sumidos en el ejercicio de la esgrima, aunque Gastón fue el más beneficiado por la experiencia de su hermano, que le enseñó las tretas más sucias

con las que se lucha en un abordaje. Sudorosos y hambrientos se encaminaron hacia una taberna cerca del mercado, en la *rue du Louvre*. Consiguieron una mesa apartada y pidieron venado y dos jarras de vino para pasarlo.

—Así que la flota se reúne en Brest. ¿Conoces el destino? —preguntó Gastón.

Antoine apoyó los brazos sobre la mesa, descargó su peso sobre ellos y miró fijamente con sus ojos verdemar a Gastón.

—Las cosas siguen igual, si no vuelvo lo mío es tuyo.

—No es esa la respuesta que esperaba —respondió con tono agrio su hermano.

—Ya lo sé, pero no puedo olvidar cómo están las cosas. Hace cuatro años la escuadra de Tourville quedó arruinada en La Houghe por el asalto inglés, y hace apenas dos años la escuadra de Wilmot, en coalición con la Armada de Barlovento española, barrió Saint-Domingue. Hasta el momento, me he ido librando con destinos en el Mediterráneo, pero ahora estoy en Brest. Sinceramente, Gastón, la vida en el mar, al menos para un francés, es muy corta.

—El duque fue siempre un tacaño —replicó malhumorado el chico. Antoine sufría su falta de fortuna y Gastón con él.

—No, ahí no tuvo la culpa. No fue por dinero. El rey Louis amnistió a los participantes de La Fronda, sin embargo no los olvidó. El ejército de tierra quedó para los leales. El rey es prudente, yo hubiera hecho lo mismo.

Alargó el brazo y empujó a Gastón amistosamente al tiempo que le sonreía. El muchacho estaba renuente pero Antoine cambió la conversación y la llevó a un terreno agradable para él.

—Háblame de Blérancourt. ¿Qué cultivas ahora?

—Legumbres. —La expresión de Gastón se animó a medida que hablaba—.

Alforfón en tierra de barbecho y glasto para comerciar.

—¿Glasto? —indagó Antoine mientras concluía con el venado.

—Sí, hierba pastel para tintes.

—¿Qué color es?

—¿El azul de Toulouse! —exclamó Gastón, asombrado de la ignorancia de su hermano.

—¡Ah! Ya caigo, la *Isatis tinctoria*. Eso da mucho dinero. —Aunque su expresión era de total inocencia, Gastón tenía claro que su hermano le había tomado el pelo y él había tragado cebo y sedal. Antoine disponía de una buena biblioteca que el propio Gastón consultaba asiduamente sobre temas agrarios en su casa. ¿Cómo no iba a saber lo que era el glasto?

—Dio mucho dinero, ahora no tanto, pero el sucesor de Colbert está reactivando la industria y el comercio, y hace falta para la porcelana, los tapices... y, como soy pobre, lo poco que gano lo invierto en ganado: vacas, gallinas y patos.

—Entonces no eres tan pobre, los animales son caros. ¿Y por qué no más campos?

—Porque el futuro no es la tierra. Ésta, al final, traiciona: plagas, mal tiempo y fuera cosecha. El ganado es más seguro.

—También se muere —objetó Antoine.

—Sí, en realidad el negocio está en la industria, pero el rey Luís se adelanta a todos. Se está haciendo rico con sus empresas manufactureras. ¡Ojalá pudiera meter la nariz!

—Si anda el rey de por medio, te la cortarán —sentenció Antoine.

—Ya, por eso sigo luchando con mis cultivos.

—Y lo estás haciendo muy bien, estoy muy orgulloso de ti. ¡Cómo me gustaría quedarme y ayudarte con ello!

Suspiró y echó una larga mirada por el local lleno de parroquianos. El día se terminaba. Su último día con Gastón. Ya había comenzado el mes de Diciembre y pasarían la Navidad separados. ¿Cuándo lo vería otra vez? ¿Habría otra vez? Observó al chico mientras terminaba su colación sin que se diera cuenta. Su pelo, del color de la paja, lo llevaba recogido en una coleta; sus rasgos eran perfectos aunque un poco angulosos debido al estirón que había experimentado en los últimos meses. Hacía ocho meses que no lo veía y estaba tan alto como él. Cuando volviera a verlo sería un hombre hecho y derecho. Volvió a sentir el dolor de la separación. Si le ocurría algo, el chico se quedaría solo. Con Christopher no se podía contar.

—¿Qué ocurre? Me miras como si fuera un fantasma. —Gastón lo trajo de vuelta a la realidad.

—Se hace tarde. ¿Nos vamos? —apremió como respuesta.

El viaje a Brest fue largo y pesado. Había tomado un coche de postas porque era invierno, pero nada más salir de París ya se había arrepentido. La sociabilidad no era su fuerte y la tonta cháchara de los demás viajeros lo incordiaba, la inactividad lo consumía y la incomodidad del asiento lo descomponía. Pero eran muchos días para pasarlos a caballo bajo la constante lluvia y llevaba equipaje para meses.

Recordó por enésima vez a Gastón. No le gustaba despedirse y madrugó para salir sin ser notado, como siempre hacía, sólo que esta vez, Gastón lo esperaba al final de la escalera, rompiendo la costumbre. Con una sonrisa azorada le tendió la mano y Gastón se la estrechó con más fuerza de lo habitual, como si quisiera transmitirle su vida. Las defensas de Antoine se derrumbaron, tiró de la mano, y lo abrazó. Había sido la primera vez que se habían despedido y eso lo inquietaba. ¿Sería un mal presagio? Como todo marino era supersticioso y cualquier detalle fuera de lugar lo desasosegaba.

La voz del cochero anunció Brest. En medio de una copiosa lluvia atravesaron las puertas de la ciudad y el coche se detuvo en la plaza principal. El ambiente sofocante y la incomodidad del receptáculo eran mayores que la molestia de la lluvia, y Antoine descendió del carruaje sin demora. Dio instrucciones para que llevaran su equipaje a la posada de “La Gaviota Borracha”, donde tenía reservada una habitación con su amigo Philippe de Latour, y se dirigió al puerto para buscar su nave y presentarse al capitán.

La bahía de Brest era amplia y resguardada de los gélidos vientos del norte por su orientación al sur. Según se acercaba al puerto aumentaba la actividad en las calles, así como las tabernas y el barullo. Cuando desembocó en el muelle, la visión del abra fue espectacular: un extraño bosque de palos, velas y jarcias cubrían el horizonte; allí fondeaban hermanados tanto barcos de pesca como mercantes o buques de guerra, y un hormiguero de chalupas, chinchorros y cúters bogaban con bastimentos, pertrechos y marineros alrededor de los barcos. Antoine contó hasta diez barcos grandes de guerra, tres de ellos, navíos de línea, mayores que el resto. Estaban alejados del muelle por lo que no alcanzó a ver los nombres. Buscó un esquife que lo acercase a su nuevo destino en el Atlántico: el buque *Le Fort*.

Él y Philippe habían sido relevados de la flota del Mediterráneo y, por eso, habían disfrutado de unos días de permiso. La visión de la bahía de Brest revelaba que algo importante se estaba gestando, para lo que hacían falta nuevos barcos y dotaciones para gobernarlos. Antoine había sondeado a algunos amigos en París, pero nadie tenía conocimiento de ello, por lo que debía de tratarse de alguna acción contra algún país enemigo, y se llevaba en secreto para que no llegasen las noticias a oídos no deseados.

Antoine se entretuvo durante la travesía observando los navíos más de cerca. Preguntó al remero cuál era el *Le Fort*.

—De aquellos tres —señaló los tres buques más grandes—, el más cercano a nosotros.

Se sintió sobrecogido y emocionado a la vez. Hasta ahora sólo había gobernado galeras y pequeñas fragatas, pero nunca un navío de dos cubiertas. ¿Con cuántos cañones contaría? La aventura prometía ser interesante y esperaba que no llegara a ser nefasta, como indicaban las constantes derrotas que habían sufrido. Inglaterra y Holanda controlaban el mar del Norte y el Canal y asfixiaban cualquier aspiración marítima de Francia; por el sur presionaba España.

El golpe del esquiife contra el costado del navío lo sacó de sus cavilaciones. Al grito del serviola de guardia, se identificó.

—Monsieur Laver, primer oficial de *Le Fort* de la Armada de su majestad.

Subió ágilmente por la escala hasta la cubierta, donde lo recibieron algunos marineros formados. Se acercó un hombre de mediana edad, de hombros anchos que acortaban su estatura.

—Se presenta Eugénie, contramaestre, señor. El capitán lo espera en su camarote, señor.

Se dirigió a popa sin prisas con la intención de no parecer nervioso a la tripulación que, disimuladamente, lo estudiaba. Intentaban calibrar su carácter como hombre y sus redaños como militar, lo mismo que él iba a hacer con su capitán. No había guardia a la puerta, así que llamó y, cuando oyó la respuesta, entró.

—Se presenta el primer oficial Laver, señor.

El hombre, que estaba sentado a la mesa en medio de un mar de papeles, se levantó. Estaba sin chaqueta, sin peluca y con las mangas de la camisa remangadas.

—Adelantaos, monsieur Laver. Soy el Vizconde de Coelogon, vuestro capitán.

—Avanzó su mano, la cual Antoine, sorprendido por su campechanía, se apresuró a

estrechar—. Como mi primer oficial trabajaréis conmigo y quiero que reconozcáis el navío desde la cofa hasta la quilla y os familiaricéis con el resto de oficiales. Tengo entendido que no habéis servido en navíos de línea o fragatas con esta eslora.

Más que una pregunta era una afirmación, pero Antoine intuía que ponía en duda su capacidad.

—No, señor, pero conozco los vientos y las velas. —intentó suavizar con un tono neutro la áspera defensa. Coelogon lo observó con los ojos entrecerrados.

—Vuestra hoja de servicios así lo confirma. Sin embargo, las naves que poseemos en el Mediterráneo son menores. Vos estáis aquí porque se os describe como una persona de aprendizaje rápido, inteligencia abierta, audaz en vuestras decisiones y porque las tripulaciones os siguen al infierno. Este barco es nuevo y uno de los mayores en este puerto: tiene cincuenta y cuatro cañones distribuidos en dos cubiertas. En La Houghe no sólo perdimos barcos, perdimos también oficiales. Y, gracias a Dios, los niños bonitos de encaje y puntillas sólo quieren puestos en el ejército de tierra. En la marina sólo estamos los desesperados por encontrar un lugar en esa sociedad y, aunque seamos la más fea del baile dentro del ejército, vive Dios que tenemos más temple que los amanerados de tierra. Espero que os adaptéis rápido y conozcáis hasta la última cuaderna de este casco. Llevaos al contramaestre en vuestra expedición, él os explicará todo lo que necesitéis saber. ¿Alguna pregunta?

—En cuanto al alojamiento...

—Todavía esperamos órdenes —le cortó—. Podéis quedaros en tierra hasta nueva orden, pero desde el amanecer hasta el anochecer os quiero a bordo. En cuanto lleguen las órdenes, trazaremos juntos la derrota.

Volvió a sentarse y a centrarse en su trabajo, dando por terminada la conversación. Antoine, tras un breve saludo, se retiró. En el alcázar lo aguardaba el contraamaestre con expresión seria.

—*Monsieur* Eugénie, parece que será mi pareja de baile el resto del día, luego no me lo agrie con esa expresión tan adusta. ¿Sabe la marinería que soy novato? —Notó cómo Eugénie se relajaba y sonreía.

—Sí, señor. Saben que sois nuevo en este barco pero, en realidad, lo somos todos. Venimos de otras dotaciones, un barco nuevo se forma con restos de otros.

—¿Conocíais al capitán?

—Sí, señor. He servido a sus órdenes en otra ocasión. Siempre ha navegado por el Atlántico y desconfía de los meridionales.

—Lo he notado —aseguró Antoine.

—Pero es un buen capitán —se apresuró a añadir Eugénie nervioso—. Es rígido con las normas pero se preocupa en formar y entrenar a sus tripulaciones; es meticuloso y por esto le suelen asignar los barcos nuevos.

—Vaya, esto sí que ha sido una sorpresa. Así que toda la armada tiene conocimiento de que somos bisoños.

Eugénie se encogió de hombros sin dar importancia a la situación.

—Puede ser, pero nos han dejado el mejor barco para jugar. —Sonrió con un guiño de complicidad a Antoine.

—¿Y los otros dos? —Antoine se apoyó en la amura de estribor para contemplarlos mejor.

—El de la izquierda es el *Sceptre*, la nave capitana de setenta y cuatro cañones. Navegaremos bajo las órdenes de Jean Bernard Desjeans.

—Barón De Pointis —completó Antoine pensativo.

—Sí, señor. A la derecha, el *Saint Louis*, la nave almiranta de cincuenta y seis cañones, bajo el mando de *monsieur Levy*. Es como el nuestro, de cincuenta y cuatro cañones.

Abandonaron la amura y se dirigieron hacia la proa y por el camino examinaron la arboladura, la tensión de los obenques y el estado del velamen. Cuando bajaron a la cubierta, se tropezaron con un rostro conocido.

—¿Pierre? —El marinero se cuadró delante de su oficial con una sonrisa.

—Sí, señor. Me alegro de estar bajo vuestras órdenes de nuevo, señor.

—Me complace descubrir que hay alguna cara conocida, marinero, aunque en esta parte del mar los barcos y los enemigos son distintos.

—A los turcos no los echaré de menos, y con los españoles ya hemos cruzado el hierro en más de una ocasión, señor.

—¿Cuál es aquí vuestra tarea? —Recordaba que Pierre era un buen artillero.

—Compruebo que los cañones estén batiportados correctamente, así como el estado de los cabos de los bragueros que los sujetan, para que no haya sorpresas en la travesía, señor.

Continuó el recorrido acompañado por el contramaestre y el marinero por las dos cubiertas, visitó la santabárbara, inspeccionó el lastre sobre la quilla, y al final de la tarde estaba saturado de tanta información como agotado de subir, bajar y agacharse para evitar los coscorriones con los baos. Pidió permiso al capitán y bajó a tierra.

Una vez en el muelle, encaminó sus pasos hacia “La Gaviota Borracha”. Era una suerte que entre la tripulación estuviera Pierre, ya que disiparía cualquier duda que se planteara sobre su persona entre la marinería. Había conocido un caso en que una dotación avezada, muerto el capitán, había detectado la inseguridad y la inexperiencia del oficial cuyo padre le había comprado el puesto y, a la hora de dar órdenes, se

encontró con un motín a bordo. Por supuesto que no era su caso; él lo había conseguido por sus méritos. Christopher sólo le había ayudado en los destinos.

Cuando llegó a la posada buscó entre las mesas a Philippe y, al no encontrarlo, preguntó a la posadera, que movió negativamente la cabeza. Subió a la habitación para asearse antes de cenar. La estancia era amplia, para dos personas, limpia y bien ventilada. Desde la ventana, por encima de los tejados, se abarcaba la bahía donde los barcos borneaban con los fanales de posición ya encendidos ante la caída del sol. Los ruidos del puerto llegaban mitigados por la lejanía y la altura. Se quitó las botas, dejó la chaqueta sobre una de las camas y, cuando se disponía a lavarse, oyó un galope rítmico que ascendía por las escaleras, se abrió la puerta violentamente y, como un vendaval, entró Philippe.

—¡Antoine!, ¡ya estamos otra vez embarcados! —Arrojó la capa y el sombrero sobre una cama y se hundió en los brazos de su amigo y, sin darle tiempo para reaccionar, se volvió, se acercó a la puerta y gritó instrucciones para que subieran el equipaje.

—¡Hombre, creí que no llegaba! Esto está en el fin del mundo. —Con el pelo revuelto, las mejillas arrojadas por el ejercicio y los ojos chispeantes, se dejó caer en la silla más cercana.

—Ahora ya sabes lo que es atravesar todo el país, y que conste que París no está cerca. La Bretagne es el fin del mundo —aseguró Antoine mientras enfrentaba una silla a la de su amigo y se sentaba a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo. Esperaron hasta que el mozo, que entraba el equipaje, saliese y cerrara la puerta.

—Cuéntame ¿qué sabes de nuestro destino? —lo acució Antoine.

—¿Por qué tengo que ser yo quien lo sepa? Tú llevas más tiempo aquí. —Se desentendió Philippe.

—Vamos, que ya nos conocemos. No me creo que no hayas averiguado algo. Coelogon no ha soltado prenda.

—¿Qué tal es el barco? —demoró Philippe.

Antoine sabía que le gustaba mantener la intriga. Philippe estaba allí por voluntad propia pero no así él, que se sentía acorralado por las circunstancias que le impedían ser dueño de su destino. Philippe lo admiraba por su destreza en el gobierno del barco, por cómo se ganaba el respeto de la tripulación; Antoine lo respetaba por su dedicación, su alegría, su compañerismo y lealtad.

—Es un reto, algo distinto —contestó Antoine renuente.

—Está bien —cedió—, pero no es mucho. El secreto que han desplegado en torno a la expedición es muy grande y el acceso casi imposible.

—Tú lo has dicho: “casi” —recalcó riéndose Antoine. Philippe se unió a su risa con una mueca irónica. Un tío suyo trabajaba codo con codo con el nuevo ministro de guerra, pues Louvois ya se había retirado.

—Cruzamos el Atlántico. Se trata de tomar represalias por la devastación de Saint- Domingue, pero no sé más.

Antoine soltó un silbido.

—Nos vamos a las Indias Occidentales. —Entrecerró los ojos soñadoramente.

—Emocionante, ¿a que sí? —añadió entusiasmado Philippe. Se puso de pie con energía—. Vamos a cenar, estoy hambriento. Me cuentas abajo tus impresiones sobre el barco.

—Coge mesa y pide la cena. Voy enseguida —contestó, poniéndose en acción también.

Philippe salió como entró, en medio de un remolino de aire. Era más joven que Antoine, puro nervio, charlatán y extrovertido. Se le recordaba más por su simpatía que

por su físico, de talla media, delgado, ojos claros y pelo pajizo. Era el alma en las refriegas con los enemigos, pero su impetuosidad no anulaba la sensatez en las situaciones difíciles y Antoine confiaba en él. Sin embargo, Antoine, a sus veintiséis años, era más reflexivo, más inclinado a escuchar que a hablar y esto le investía de un aire de seriedad y severidad que le ayudaba para mantener la disciplina en una nave. Una vez calibradas las circunstancias de cada momento, tomaba una determinación y no vacilaba en llevarla hasta el final, y eso gustaba a los hombres, pues transmitía confianza en las misiones.

Terminó de vestirse y bajó al encuentro de su amigo. Sin sorpresa, descubrió que compartía mesa con otro oficial al que Antoine no conocía. Estaba acostumbrado a la espontaneidad de Philippe que entablaba conversación con todo aquel que tuviera alrededor. Según lo vio llegar, se levantó e hizo señas para que se acercara. Le presentó al segundo oficial del *Sceptre*. Inclinaron ambos la cabeza a modo de saludo y compartieron el banco mientras que Philippe pedía otra ronda de vino a la moza.

—Hablábamos del movimiento que hay en el *Sceptre* —le puso al corriente Philippe.

—No hay mucho que contar —continuó Laurent—. Todo se lleva en secreto. Cuando estoy de guardia, oigo comentarios entre los que van y vienen, pero poco más.

Laurent calló un momento, mientras la moza servía el vino y apartaron los brazos de la mesa a la vez que simulaban una conversación más distendida pero, en cuanto se retiró, las cabezas de los tres oficiales se reunieron de nuevo, como movidas por un resorte.

—¿Quiénes van y vienen? —preguntó Philippe.

—Burgueses, pero burgueses ricos, comerciantes y armadores. El barón De Pointis los recibe a bordo porque están más resguardados de los oídos indiscretos pero, mientras suben y bajan, se oyen comentarios y retazos de conversaciones.

—¡Por todos los cielos! Id al grano. Nos tenéis sobre ascuas —apremió Philipe.

El oficial torció el gesto, disfrutaba con mantener en vilo a la audiencia y no le gustó que le estropeasen la narración. Antoine, más diplomático, intervino.

—No vale la pena ponerse nervioso, Philipe, no vamos a llevar anclas en una hora. —Con un gesto de la mano indicó a Laurent que prosiguiera. Éste retomó el relato complacido por la comprensión de su compañero de banco.

—Nuestro rumbo es el Caribe: Saint- Domingue. Supongo que por eso están los comerciantes de por medio. Recordaréis que la flota española barrió Saint-Domingue en dos ocasiones: en 1691 y la segunda hace dos años. El resto de la información es confusa. No sé si vamos para hostigar a los españoles o para defender la posesión, y además hablan de piratas, algo que me pareció muy raro, pero lo daban como cierto: nos uniremos a los piratas.

—¡No! Habéis entendido mal —rebatía Philipe asombrado—. Querrán que acabemos con los piratas. ¿Desde cuándo la Armada navega con patente de corso? Estamos en guerra con España. No necesitamos subterfugios.

—Lo que oí no ofrece dudas —ratificó el oficial—. Dijeron: “una vez allí la escuadra será reforzada con barcos piratas.”

—¡Ésa es la clave! —exclamó Antoine—, “reforzada con barcos”, barcos rescatados de los piratas.

—¡Sí, sí, eso es! —ratificó Philipe.

—Seguramente sea así. A mí también me sorprendió, pero no se me ocurrió considerarlo desde ese punto de vista —contemporizó el oficial, más alegre.

Y así siguieron el resto de la velada, chismorreando sobre los barcos, sobre otros oficiales y sobre los preparativos. En los días siguientes la actividad en el puerto aumentó: se cargaron animales y provisiones en los barcos, así como lona para velas, maderas y otros pertrechos necesarios para reparar los desperfectos que sufrieran durante la travesía. También llegaron tropas del ejército regular. Aquello prometía ser una empresa a gran escala. Antoine se mantenía aparentemente tranquilo y trataba de calmar la ansiedad de Philipe, pero en su interior estaba exultante por el nuevo reto que se avecinaba.

Una mañana, pasada la Navidad, a principios del mes de enero, llegó una barca con un acalorado mensajero que preguntó por el vizconde de Coelogon. Un marinero lo acompañó al camarote del capitán y después lo ayudó a descender por la escala hasta su barca. Al poco de separarse del buque, se oyó un “*mon Dieu*” que obligó a todos a dejar lo que estaban haciendo y a dirigir la mirada hacia la puerta abierta del capitán. A los pocos segundos, con otro grito, requirió la presencia de *monsieur* Laver. Antoine cruzó el alcázar como una exhalación ante la expectación de la tripulación. Como la puerta estaba abierta, llamó con los nudillos en la jamba.

—Pasad y cerrad la puerta, *monsieur* Laver —ordenó el capitán—. Hemos recibido las órdenes. Esta noche los quiero a todos embarcados, se cancelan los permisos a la marinería y, a partir de ahora, se prohíbe la bebida y el juego a bordo. Zarpamos al amanecer con la pleamar. Vos y los demás oficiales podéis bajar a tierra a primera hora de la tarde para recoger vuestras pertenencias y solucionar vuestros asuntos.

—¿Puedo preguntar por el destino, señor?

—Podéis, pero sólo os diré que nos dirigimos a las Indias Occidentales. Las órdenes se abren en altamar, *monsieur* Laver.

Cuando terminaron con sus tareas, Antoine y Philippe se llegaron al muelle. Mientras Philippe se hacía cargo del equipaje y de cerrar trato con la posadera, Antoine escribía a Gastón.

“Querido hermano:

Te escribo a pocas horas de embarcarme definitivamente. Mañana zarparemos con la marea al amanecer y, Dios mediante, llegaremos en mes y medio al mar del Caribe y, aunque no sabemos el destino ni la finalidad, barruntamos que la ausencia será larga. Los preparativos han sido ingentes y la flota es la mayor que yo he presenciado. Partiremos diez navíos grandes de guerra, dos pingües, dos balandras, una galeota lanzabombas y cuatro lanzabombas ligeros traídos del Mediterráneo que, como te expliqué en su momento, causan mucha destrucción como comprobamos en Alicante, Génova y Argel. Entre marinos y soldados del ejército regular seremos unas cuatro mil almas embarcadas en no sé qué aventura. Los rumores son muchos, la certeza ninguna, pues el secreto es cerrado.

Philippe te desea salud y te envía un consejo: “Ten cuidado con la hierba pastel”. Parece ser que en Toulouse se ha abandonado su cultivo porque entra por España el índigo, que llega de las Indias, es más fácil de extraer y por tanto más barato. La salud del rey Carlos II es quebradiza y no tiene descendencia así que nuestro rey tiene puestos los ojos en ese trono. Si esto fuese posible, aunque ni Philippe ni yo lo creemos, y España y Francia se unieran, te verías en un aprieto.

Dios te guarde. Un abrazo de tu hermano, Antoine.”